



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Fernández, Arturo

Los roles del sindicalismo durante la transición democrática (1983-1995)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Fernández, A. (1995). *Los roles del sindicalismo durante la transición democrática (1983-1995)*. *Revista de ciencias sociales*, (3), 213-228. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1202>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Los roles del sindicalismo durante la transición democrática (1983-1995)

Arturo Fernández*

Introducción

El eje del presente artículo reside en la hipótesis de una creciente ruptura del modelo sindical desarrollado alrededor del estado nacionalista-popular, que apoyó el fortalecimiento del movimiento obrero gremial (sobre todo entre 1944 y 1955) bajo cierto tutelaje del poder político. Si bien la evolución ulterior a 1955 alteró la relación sindicatos-estado en la Argentina, no abolió la matriz de vinculaciones que ligaran a las organizaciones sindicales con gobiernos del más diverso signo.

Ello generó una diferenciación política de los gremialistas en el interior de la Confederación General del Trabajo, en gran medida correspondiente con las diversas formas de relación con el estado. Dichas tendencias principales pueden describirse de la forma siguiente:

a) el "participacionismo", que considera que la tarea principal de los gremios es defender sus intereses corporativos con la ayuda del estado, por lo cual trata de negociar con cualquier tipo de gobierno, aun los más adversos;

b) el "vandonismo-miguelismo", correspondiente al estilo de conducción de la Unión Obrera Metalúrgica encarnado por Augusto Vandor y Lorenzo Miguel, sostiene que el principal objetivo del sindicato es su propio desarrollo y el del movimiento justicialista, para lo cual alternarán la negociación con el estado y la lucha frontal;

c) el "confrontacionismo", variante del "vandonismo-miguelismo", que privilegia la lucha contra estados adversos al sindicalismo peronista y que resurge durante la dictadura militar de 1976 a 1983; a este sector se suman sindicalistas no peronistas o juveniles, y durante el llamado "Proceso" juega un rol opositor significativo, con la conducción de Saúl Ubaldini;

d) el "ala combativa", conformada por peronistas de izquierda o

* Centro de Estudios e Investigaciones (CEI) de la Universidad Nacional de Quilmes. Universidad Nacional de Buenos Aires.

sindicalistas de ideología clasista, considera que es necesario fortalecer la autonomía sindical frente al estado, aboliendo el modelo de vinculación generado por la tradición peronista.

Esta diversidad de formas de vinculación con el estado complicó la inserción del sindicalismo en el proceso de consolidación democrática y la hizo relativamente contradictoria.

Ella reconoce sus orígenes en el modelo de acumulación económica predominante entre 1930 y 1970, del cual emergiera el estado nacionalista-popular y sus proyecciones sociopolíticas: en nuestro país el peronismo y la adhesión masiva de gran parte del movimiento sindical a esa posición política. Sin embargo, el agotamiento de dicho modelo económico a partir de la crisis estructural de 1973-1975 no implicó una transformación inmediata de sus manifestaciones políticas, tanto a nivel estatal como respecto de la mediación entre la sociedad y el propio estado.

A nivel sindical, la consecuencia de la transformación estructural de las relaciones de producción se manifestó en una tensión no resuelta en el interior de la CGT "única" pero diversa; esas crecientes diferenciaciones se contraponen con la vocación unitaria del sindicalismo argentino, que se remonta a principios de siglo y que se vio reforzada con la adopción de la ideología peronista. Puede preverse que la tendencia estructural menciona-

da concluirá con una profundización de la diversificación de las organizaciones gremiales y con la ruptura de sus vinculaciones con un estado muy distinto al de tipo populista. Sin embargo, esta posible evolución es mucho más lenta a nivel político e ideológico que en el plano puramente económico.

Nuestro aporte pretende demostrar que, desde hace muchos años, el comportamiento sindical en la Argentina es heterogéneo y posiblemente confuso; existen actitudes sociopolíticas diversas en el interior de los grupos dirigentes, de estos grupos y de sus bases, de los sindicatos de ramas productivas dinámicas en relación con las recesivas, de las regionales de la CGT del interior respecto de la cúpula nacional, etcétera.

Ello impide, a nuestro entender, generalizar excesivamente un análisis del accionar sindical durante el proceso de transición y consolidación democráticas, salvo que atendamos, al menos, a la heterogeneidad política descrita anteriormente a nivel de los grupos dirigentes. La distinción que practicamos permite comprender parcialmente las contradictorias marchas y contramarchas de la CGT y esboza una explicación de su creciente debilitamiento.

Sin embargo, no se nos escapa la existencia de una crisis generalizada del sindicalismo a nivel mundial, derivada de las profundas mutaciones tecnológicas y económicas en curso, las cuales

afectan también a un país como la Argentina.¹

1. El sindicalismo frente al desafío de la transición democrática

Restaurada la democracia política en la Argentina con las elecciones de *octubre de 1983*, el sindicalismo continuó siendo mayoritariamente peronista, pese a la derrota política del justicialismo y a los ulteriores intentos del radicalismo por absorberlo o diluirlo.

Este sindicalismo pasó la prueba de la democratización gremial y, aun cuando fueron derrotados algunos de sus dirigentes más burocratizados, quienes los suceden suelen ser peronistas.

Por otra parte, la democracia política no resolvió los problemas sociales y, por el contrario, la crisis económica y los ajustes del gobierno radical devolvieron a la CGT el rol de principal fuerza opositora a una política económica que, desde 1985, pasó a ser resistida por la mayoría de los sectores populares.

El liderazgo de Ubaldo facilitó la acción unitaria de la CGT, mayoritariamente justicialista, aunque en ella coexistían las cuatro tendencias antes descritas y surgían cuadros sindicales jóvenes de extracción no peronista. Una vez más

la estructura gremial argentina confrontaba y negociaba con un estado que, respetando las libertades públicas, no satisfacía las aspiraciones populares.

Del análisis detallado de los principales hechos que se registraron en la vida sindical durante el mencionado período, extraímos las interpretaciones y reflexiones siguientes:

- La unidad sindical, restablecida formalmente en 1984,² fue consolidada en el Congreso Normalizador de *noviembre de 1986*, pero ello no evitó las maniobras que desde el estado intentó el alfonsinismo.

El sector "participacionista" fue integrado al gobierno radical en *marzo de 1987* y compartió condicionadamente el proyecto económico modernizador del Plan Austral; una vez más se comprobaba la docilidad de ese núcleo sindical frente a las presiones y prebendas que emanaban del poder político. Sólo la derrota electoral del radicalismo impidió que se perpetuase la presencia de este sector en el gabinete de Alfonsín más allá de *septiembre de 1987*.

- En 1988 la CGT fue atravesada por la puja interna que vivió el Partido Justicialista para dirimir la candidatura presidencial, en vista de las elecciones de 1989, a través

¹ Cf. Spyropoulos, G., *Sindicalismo y sociedad*, Buenos Aires, Ed. Humanitas, 1992.

² Entre 1979 y 1984, durante la última parte de la dictadura militar, el sindicalismo sufrió una escisión entre "participacionistas" y "confrontacionistas": se habían conformado dos centrales sindicales.

del voto directo de sus afiliados. El sector "confrontacionista" simpatizaba con Antonio Cafiero, electo presidente del partido después de haber dirigido su ala renovadora;³ el "participacionismo" apoyó a Menem, dirigente renovador que para ganar la candidatura presidencial rearticuló la vieja "ortodoxia peronista" derrotada después de 1983 dentro y fuera del PJ; y el inagotable sector de tradición "vandonista", liderado por Miguel, inclinó la balanza a favor del caudillo riojano, en respuesta a los desafortunados ataques antisindicales de algunos dirigentes "renovadores". Es cierto que los votos de los sectores populares y marginales se volcaron hacia Menem, seducidos por su discurso populista, independientemente de la dirigencia sindical; pero la diferencia entre los dos candidatos a la presidencia fue lo suficientemente estrecha como para ignorar la importancia del aporte gremial a cada uno de los contendientes.

• El pronto giro del electo presidente Menem hacia el "pragmatismo económico liberal" condujo, en 1989, a una nueva escisión en la CGT, formalizada a través de la constitución de dos estructuras orgánicas contrapuestas (más la presencia de algunos sindicatos que

se declararon "independientes"). Es cierto que "la iniciativa de la división no procedió fundamentalmente de quienes posteriormente asumirían una postura "opositora" (al gobierno) sino de los que serían "menemistas". En efecto, desde mediados de 1989 llovieron las críticas contra Saúl Ubaldini, a quien se le imputaba una tradición "confrontacionista" que se oponía a una actitud que debía ser predominantemente "constructiva".⁴

Podría entenderse esta postura del gobierno electo en mayo de 1989 como un intento de mantener la disciplina partidaria en una coyuntura particularmente difícil; pero gestos ulteriores del propio presidente y sus declaraciones sobre el sindicalismo coadyuvarán en el proceso de dividir a la CGT, a partir de las oposiciones que se registraban desde hacía más de dos décadas en el seno de los sindicatos nacionales de mayor envergadura (no otra cosa intentaron los gobiernos civiles y militares no peronistas anteriores). Por otra parte, el sector "participacionista" no vaciló en aceptar los proyectos económico-sociales que le proponía el estado, como ya lo había hecho en 1987 y quizás en circunstancias anteriores. Algún significativo dirigente de línea "participacionista" sugería, en 1989, que el rol de la central obrera durante un

³ Dirigente histórico del peronismo, desde 1984 Antonio Cafiero se abocó con éxito a desplazar democráticamente a la dirigencia responsable de la derrota de 1983.

⁴ Falcón, R., "Estado y sindicatos", en *La línea de sombra*, N° 2, Rosario, junio de 1992, p. 7.

gobierno justicialista debía asemejarse al de un Ministerio.

• Luego de una serie de desencuentros sindicales, que agudizaron la impotencia del movimiento obrero para articular acciones político-sociales coherentes, concluyó en 1990 con un gremialismo casi atomizado en las siguientes facciones:

a) el "participacionismo" pasó a ser mayoritario por su adhesión explícita al gobierno del doctor Menem, apoyado por la mayoría de los sindicatos afiliados a la CGT; éstos desconocieron el liderazgo de Ubalini y conformaron la CGT de la calle San Martín al no poder ocupar inmediatamente el edificio de la sede de la central sindical, sito en la calle Azopardo de la Capital Federal. Dicha "CGT-San Martín" agrupó a los "participacionistas históricos" y a sindicatos que habían militado en el "miguelismo" y aun en el "confrontacionismo"; uno de sus componentes fue la Mesa de Enlace, liderada por Luis Barrionuevo (gastrónomo), quien había conformado el ala política menemista en el interior de la CGT en 1988;

b) el "miguelismo" también se alejó de la CGT de la calle Azopardo, incluyendo a metalúrgicos, petroleros, recibidores de granos, etc. El viejo dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica, Lorenzo Miguel, intentó reorganizar las "62 Organizaciones" como rama sindical del Partido Justicialista con el objetivo de apoyar críticamente al gobierno nacional, es decir, contribuir a su éxito reivindicando parcialmente las

"banderas" peronistas de la defensa de la justicia social y de los derechos laborales a través de la negociación con el poder político. Este intento tuvo escasa repercusión dentro y fuera del Justicialismo;

c) el "confrontacionismo" quedó reducido a una minoría de gremios más directamente afectados por la reforma del estado (los estatales, nucleados en ATE, los maestros -CTERA-, trabajadores de la Aduana, obreros navales...), y a los seguidores de Saúl Ubalini, quien no supo capitalizar sus largos años de lucha opositora al régimen militar y al alfonsinismo. Este sector se denominó "CGT-Azopardo" y fue perdiendo tanto protagonismo político como peso gremial;

d) los "independientes" (tales como Empleados de Comercio, Bancarios, Luz y Fuerza...) se manifestaron próximos al gobierno menemista pero sin comprometerse políticamente como los "participacionistas".

Luego, en 1991, se comenzó a negociar un proceso de reunificación y normalización de la CGT; el proceso electoral⁵ retardó la convergencia de los diversos grupos gremiales ubicados en distintas corrientes partidarias (justicialistas) y expectantes frente a los efectos sociales y políticos que pudieran producir los resultados del comicio.

⁵ Se desarrollaban elecciones legislativas parciales, renovándose una parte de las Cámaras de Diputados y Senadores, tal como sucede cada dos años a nivel nacional.

• Al mismo tiempo, la credibilidad del gobierno se incrementaba gracias a la estabilidad económica consolidada por el "Plan Cavallo", que permitió al "menemismo" obtener un caudal de votos significativo en el conjunto del país y ganar las gobernaciones de Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza, es decir, tres de las cuatro provincias más importantes, en los comicios de septiembre de 1991. Ello condujo a la mayoría de los sindicalistas a dos conclusiones contradictorias: por una parte, que el modelo económico, resistido por unos o aprobado por otros, contaba con un respaldo popular que hacía prever su prolongada continuidad; y, por otro lado, que la unidad sindical pasaba a ser una imperiosa urgencia para tratar de contener los aspectos antisindicales de la nueva legislación laboral en preparación desde el Poder Ejecutivo.

• Los acuerdos unitarios logrados a comienzos de 1992, suscritos por la gran mayoría de las organizaciones sindicales en el Congreso Parque Norte (marzo de 1992), eran precarios y cabía plantearse la viabilidad de los mismos; sin embargo, revelaban la perdurabilidad de un proyecto sindical que se declara justicialista y pretende conservar aspectos importantes de la matriz original en su relación con la sociedad y el estado. Cabe preguntarse en qué medida ese proyecto es mínimamente compatible con los objetivos y modalidades de la acumulación capitalista en esta etapa de

su evolución histórica; pero los sindicalistas mayoritarios, comprendiendo la irreversibilidad de algunas transformaciones en curso, parecen apostar a mantener una relación especial con el estado para salvaguardar sus intereses corporativos (por ejemplo, participando de los procesos de privatización de las empresas estatales).

• También a principios de 1992 se organizó el Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA), nuevo nucleamiento sindical basado en la presencia de ATE y CTERA,⁶ que cuestiona radicalmente el modelo económico adoptado por Menem y las prácticas sindicales hegemónicas en la CGT. En este nucleamiento confluyeron tres desprendimientos ideológicos diferenciados del justicialismo: socialcristianos, socialdemócratas e independientes de izquierda con peronistas disidentes. Sin embargo, los propios dirigentes de este grupo, que no participaron del Congreso de Parque Norte, reconocen el largo camino que deberán recorrer para transformar la vida sindical. Su "modelo" de referencia, la CUT y el PT brasileños, les hace pensar en la perspectiva de proyectarse políticamente, pero ello también parecería una tarea a largo plazo.

• Paradójicamente, en 1992 se acentuó la tendencia que se insinuara desde 1988 en los procesos electorales sindicales: en la mayoría de los mismos se presentó una

⁶ Trabajadores del estado y maestros.

lista única; hasta el mes de agosto, sobre un total de 24 elecciones, no hubo pluralidad de listas en 16, es decir que sólo 33% de las mismas fue competitiva. Tras la restauración democrática en 1983, el 80% de los comicios sindicales de 1984-1985 fue escenario de confrontación entre dos o más listas. Cuatro años después ese porcentaje se redujo al 60%.

Ahora bien, lo singular del actual avance de la boleta única se corresponde, mucho más que en el pasado, con la no presentación de listas opositoras que con las maniobras de las conducciones sindicales para autoperpetuarse en el poder. Históricamente, los dirigentes gremiales usaron los estatutos y las juntas electorales para impedir la competencia democrática e imponer la fórmula de las comisiones directivas "unitarias"; con ello los opositores quedaban marginados del sindicato y ni siquiera podían presentarse a las urnas.

Actualmente, en cambio, la crisis de credibilidad de la izquierda marxista y de las agrupaciones combativas ha ampliado el margen de maniobra de los gremialistas más tradicionales, enrolados en las posturas justicialistas. Ello parece contradecirse con el debilitamiento de esa dirigencia durante el gobierno menemista. "Esta pérdida de posiciones se mostró extensiva tanto a quienes eligieron una actitud de confrontación total y a los que intentaban combinar confrontaciones puntuales con negocia-

ción, como a los que se plegaban directamente a casi todas las propuestas gubernamentales".⁷ Quizás la amenaza de perder más espacios sociales y políticos condujo a la gran mayoría de los grupos sindicales a reunificarse y a coordinar algunas prácticas comunes para enfrentar las propuestas oficiales, en materia de obras sociales, pluralismo sindical y convenciones colectivas focalizadas a nivel de empresa; y, concidiendo con Falcón, el gobierno menemista, cualesquiera sean sus planes en la materia, no ha logrado eliminar totalmente la capacidad de presión política del sindicalismo.

• Ulteriormente, en 1993 se acentuaron las rivalidades en el interior de la CGT (división entre "Club de Amigos" de Menem, "críticos" y "62 Organizaciones"), derivadas de la ausencia de un liderazgo reconocido por la mayoría de las organizaciones y de la impotencia en la que naufragaban los intentos de recomponer el poder sindical.

Las negociaciones con el gobierno fueron ambivalentes, pues impidieron la privatización de las obras sociales y sólo dilataron el dictado de la nueva legislación laboral, que incorpora plenamente los criterios de flexibilización. Sin embargo, la situación salarial no se modificó y el desempleo continúa aumentando.

Frente a la indecisión de la di-

⁷ Falcón, R., op. cit., p. 8.

reción colegiada de la CGT, un sector de las "62 Organizaciones", liderado por Juan M. Palacios (UTA, choferes), conformó el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), nucleamiento que integraron cerveceros, camioneros, La Fraternidad, obreros marítimos, gastronómicos, alimentación, ceramistas, etc. (unos 35 gremios nacionales); ello se consumó el 1 de febrero de 1994.

En marzo, tras meses de dura competencia, la dirigencia de la CGT mayoritaria (dividida en tres sectores) convocó un Congreso Extraordinario, que eligió secretario general al menemista y petrolero Antonio Cassia en desmedro de los menemistas críticos y del "miguecismo". Durante este año las seccionales de la UOM han radicalizado su oposición frente a la política económica, mientras parece diluirse el mítico liderazgo de "Lorenzo".

Pese al carácter mayoritario de la CGT oficialista y ciertos logros en la búsqueda de un pacto social, se registraron otros fenómenos novedosos que están modificando el panorama sindical:

a) en el interior del país las regionales de la CGT canalizan el descontento social y se unificaron (por ejemplo en Rosario y en Córdoba) para organizar movilizaciones de protesta;

b) el MTA se acercó al CTA y, conjuntamente, realizaron un paro general el 2 de agosto; éste tuvo alta adhesión de trabajadores estatales, choferes y maestros y repercutió

intensamente en Rosario y el Noroeste (menos en el Gran Buenos Aires y en Capital).

Con esto se diseña un nuevo nucleamiento gremial de mayor potencialidad y ajeno al menemismo y a las formas de vinculación justicialista con el estado.

Enfrentado a tan variadas líneas de acción es difícil que el sindicalismo mayoritario mantenga la unidad formal alcanzada en los últimos meses. Pero también es cierto que, desde principios de siglo, las más diversas corrientes ideológicas pugnarán por mantener o recuperar una central obrera unificada.

• Finalmente, en 1995, las elecciones presidenciales acentuaron las divisiones políticas entre la CGT, que apoyó la candidatura del presidente Menem, y el MTA y el CTA que, oficiosamente, respaldó sobre todo la postulación del FREPASO, es decir la fórmula Bordón-Alvarez.

La reelección de Menem, obtenida con casi el 50% de los sufragios, ha alentado un replanteo en el interior de la CGT, que condujo a la convocatoria a un Congreso que reemplazó al secretario general, Antonio Cassia, visualizado como demasiado pasivo y sumiso a la conducción menemista, por Gerardo Martínez (Obreros de la Construcción), apoyado por las "62 Organizaciones" y sectores críticos. Es plausible que la dirección de la CGT tome algunas distancias respecto del modelo económico impulsado por el ministro Cavallo, con el aval de la Presidencia.

Por otra parte, fracasaron las tratativas para acercar al MTA a la CGT oficialista, y aún no está definido el perfil político partidario del conjunto del sindicalismo opositor. Sin embargo, diversas regionales del interior del país acentúan sus movilizaciones frente al dramático problema de la creciente desocupación y de la desarticulación de los estados provinciales y de las economías regionales.

Aun así, la dirigencia sindical más opositora contribuye a canalizar las protestas sociales a través de movilizaciones que pretenden ser pacíficas y, en ningún caso, cuestionan el sistema democrático.

2. Las prácticas políticas del sindicalismo durante el período 1983-1995 y su contribución a la consolidación de la democracia

Pese a sus divisiones internas, las cuales trascienden aspectos tácticos y oponen modelos económico-sociales diferenciados, el grueso del *sindicalismo* desempeñó prácticas políticas significativas durante la transición democrática iniciada en 1983 y particularmente en el período 1987-1992.

Como ya señalamos, el grueso del *sindicalismo* justicialista, a nivel nacional, asumió la derrota electoral de 1983, dedicándose a preservar sus organizaciones, evitar la embestida alfonsinista y ratificar su hegemonía corporativa en

las elecciones sindicales de 1984. Para ello se reunificó y abandonó la arena política de primer plano, actuando sin estridencias en la renovación interna del Partido Justicialista.

Sin embargo, la CGT —liderada por Ubaldo— participó de la Mesa de Concertación convocada por el gobierno a partir de 1984, constataándose la grave dificultad de acordar un pacto social consensuado con el estado y las organizaciones empresariales. A partir de la imposición del Plan Austral los intentos de concertación se diluyeron y se acentuó la acción opositora de la CGT hacia la política económica del gobierno radical. Los paros y las concentraciones masivas convocadas por la central obrera convirtieron a Ubaldo en la principal figura opositora, quizás por falencia de la dirigencia política. Una vez más, de forma indirecta, el *sindicalismo* transformaba al justicialismo en el portavoz de los sectores populares, duramente castigados por la prolongada crisis económica.

En los dos últimos años de gobierno radical cabe destacar algunas actitudes políticas fundamentales de la CGT, entonces recientemente normalizada:

- su apoyo incondicional a la estabilidad democrática y, en consecuencia, su franco repudio a los diversos motines militares que se sucedieron desde la Semana Santa de 1987; pese a las distancias que podían separarla del alfonsinismo, la conducción nacional de la CGT re-

chazó todo acercamiento hacia el golpismo "carapintada". (Sólo pocos sindicalistas aislados de segunda línea mantuvieron contactos políticos asiduos con esa nueva forma de militarismo.) Ello contribuyó al fracaso relativo de los intentos sediciosos;

- la firme oposición de los sectores "ubaldinista", confrontacionista y "miguélista" a la política económica y social del alfonsinismo contribuyó a deteriorar el Plan Austral y sus sucedáneos debido a las concesiones estatales que negociaba exitosamente la UOM y a la falta de credibilidad derivada de la propia agitación social que canalizaba la CGT, aun sin salirse de los márgenes de la legalidad. La defección de los "participacionistas" hubiera esterilizado esta estrategia política, pero las elecciones de septiembre de 1987 "dieron razón" a los opositores consecuentes y abrieron la esperanza de que el peronismo ofreciese un plan alternativo al sostenido por el radicalismo. En este sentido, el triunfo de Cafiero en esas elecciones había sido gestado por la política del sector confrontacionista y sus aliados de la CGT.

Esta "deuda" implícita con el sindicalismo no quisieron "pagarla" Cafiero y sus colaboradores "renovadores" y ya señalamos que esa actitud de la estructura partidaria justicialista facilitó el ascenso de Menem y la conformación de su heterogénea alianza en el interior del partido y de la CGT.

La victoria de Menem en las

elecciones internas de julio de 1988 significó un serio revés para la "Renovación" peronista, del cual no pudo reponerse. Casi todas las nuevas figuras renovadoras terminaron alineándose tras el caudillo riojano y, en pocos meses, se diluyó la conformación de un partido moderno de tipo socialcristiano, con base obrera. (La nueva derrota de Cafiero en el plebiscito de 1990 marcó el final de esa esperanza.) El caudillo riojano impuso su concepción movimientista sin el carisma de Perón, postergando por tiempo indefinido la transformación del justicialismo en una fuerza política participativa, orgánica y más democrática.

Los dirigentes cegetistas pudieron imaginar que el menemismo les devolvería un rol corporativo significativo en su esquema de poder; sin embargo, desde la campaña electoral se observó que Menem compartía con algunos "renovadores" cierta desconfianza hacia el sindicalismo y pretendía atribuirle un rol subordinado al estado y/o a su persona. Por otra parte, la derrota "renovadora" en el ámbito político se trasladó al sindical; en 1988-1989 no hubo ninguna elección gremial significativa en la que dirigentes tradicionales fueran desplazados por listas opositoras que rejuveneciesen las estructuras cegetistas (salvo en pocos y pequeños sindicatos, como Judiciales de la Nación). Ello se ha modificado en el último año, en parte debido a la movilización

de las posiciones antiburocráticas y combativas, sobre todo en el interior del país.

A partir de la asunción del presidente Menem sobresalen dos actitudes políticas del sindicalismo:

- una cierta resistencia, abierta o encubierta, a aceptar la disciplina partidaria, lo cual condujo a la descrita división de la CGT; este hecho no se había registrado en los anteriores gobiernos justicialistas, ni siquiera durante el turbulento mandato de Isabel Perón. Ello plantea dudas acerca de la supervivencia de un Partido Justicialista con una rama sindical fuerte; algunos pueden avizorar la modificación sustantiva de la base sociopolítica del "menemismo", convertido en un Partido Conservador Popular; pero éstas son todavía puras especulaciones...

Se aduce con razón que dicha resistencia de la CGT fue menos activa y eficaz que la desplegada contra el gobierno radical, cuyo plan económico era socialmente menos costoso que el actual. Ello es explicable por diversas razones:

a) la existencia de una *identidad política* común al presidente y la mayoría de los sindicalistas que se proclaman justicialistas;

b) el impacto de la hiperinflación de 1989, que destruyó las esperanzas en la aplicabilidad de los modelos económicos alternativos al de los ajustes controlados por el Fondo Monetario Internacional;

c) el grado de *aceptación* que ha conservado el presidente Menem,

ratificado en las elecciones de 1991 y 1993;

d) la falta de proyectos políticos alternativos que ofrezcan un grado de credibilidad significativo;

e) en fin, "el síndrome de 1975", derivado de la hipótesis de que la agitación sindical destruyó el gobierno constitucional de Isabel Perón, es decir que la dictadura de 1976 *podría haber sido evitada* con una cuota de mayor responsabilidad por parte de la dirigencia sindical.

Con todos estos matices, es llamativa la "cierta resistencia" ofrecida por el "confrontacionismo" o el propio "miguéismo" al liderazgo de Menem.

Por el contrario, en el ámbito político partidario fueron escasísimos los dirigentes que se opusieron públicamente a las opciones personales del presidente electo y de su pequeño círculo de amigos y colaboradores;

- una pérdida creciente de influencia en las decisiones del estado y del Partido Justicialista, la que abarcó a todo el sindicalismo, incluidos los sectores que apoyaron casi sin objeciones el "pragmatismo menemista". Con la reestructuración ministerial de enero de 1991 el Ministerio de Trabajo dejó de ser dirigido por un gremialista y, ese mes, el ministro Porto comenzó a desplazar a los sindicalistas de la ANSSAL.

Los diálogos de los dirigentes cegetistas con el presidente han sido escasos y poco satisfactorios;

actualmente sus relaciones con el equipo que dirige la cartera laboral han llegado a su nivel más bajo, y la presencia del taxista García en el Consejo Nacional Justicialista no parece expresar los complejos intereses sindicales, sino las posturas personales del mencionado gremialista. La gravitación y aun el número de parlamentarios de origen sindical es menor que en los anteriores gobiernos justicialistas. No faltaron declaraciones presidenciales que afirmaban la necesidad de recortar el poder de los grandes gremios...

¿Qué roles reserva a la CGT mayoritaria el acuerdo implícito entre el presidente, los grandes grupos económicos, la embajada de los Estados Unidos y los voceros políticos liberales? Es difícil saberlo dado el carácter opaco de las negociaciones que transformaron al presidente Menem, de estirpe populista, en un ferviente defensor de la economía de mercado y de la alianza estrecha con los más poderosos grupos económicos.

En la actualidad parecería que los dirigentes cegetistas nacionales observan con preocupación el recorte de su espacio de poder, proyectado por el gobierno; ello los indujo a reencontrarse en el Congreso de Parque Norte y a realizar un primer paro nacional en noviembre de 1992. Es que esos dirigentes son conscientes de su escasa popularidad y del desprestigio en el que está sumida la acción gremial; hoy no temen tanto ser sustituidos

por inexistentes listas opositoras cuanto al vaciamiento gradual de las estructuras sindicales por la merma de las afiliaciones y el desinterés de los propios trabajadores sindicalizados. Muchos gremialistas piensan que esta crisis sólo es superable a través de una renovada proyección política sindical dentro del justicialismo; otros han perdido las esperanzas de esta opción partidaria, pero aún parecen ser los menos...

En particular, podemos constatar que las diversas tendencias sindicales han acentuado, entre 1987 y 1992, ciertos caracteres de su proyección política:

a) el "participacionismo" ("los 15", luego la CGT-San Martín) incrementó sus rasgos de "vinculación corporativa" con el estado, perdiendo aún más credibilidad política dentro y fuera del justicialismo. En su seno se encontraban y aún perduran figuras sindicales de conducta dudosa, quienes han suscitado un repudio generalizado hacia sus personas (el caso de Triacca fue el más conspicuo). Su vinculación con el estado "menemista" no le está reportando los réditos esperados, lo cual suscitó divisiones y reacomodamientos en el interior de este nucleamiento;

b) el "miguelismo" intentó vanamente fortalecer y ampliar su vinculación estructural con el Partido Justicialista, tratando una y otra vez de revitalizar "las 62 Organizaciones" como rama política del mismo. Por su poder de negociación

con las cúpulas partidarias, e incluso con la "menemista", es el sector que más puede influir en las orientaciones del justicialismo, habiendo recuperado cierta credibilidad política. Sin embargo, la mayoría de los dirigentes políticos del justicialismo actual no parecen interesados en favorecer la expansión de la influencia sindical;

c) el "confrontacionismo" peronista no supo capitalizar políticamente el rol desempeñado durante el "Proceso" y el gobierno de Alfonsín, lo cual se agravó debido al triunfo de Menem y su ulterior "giro a la derecha". Carente de presencia estructural partidaria de significación, esta corriente sindical asistió impotente a la "menemización" de la conducción del justicialismo, de la cual quedó aislada. Luego, la fallida aventura electoral de Ubaldini le significó un duro revés político que condujo a la búsqueda de una reubicación en el interior del justicialismo, con posturas próximas a las de Lorenzo Miguel; pero las vacilaciones del "miguelismo" impulsaron la creación del MTA y su alianza con el "polo contestatario";

d) el sindicalismo "combatoivo", organizado en el CTA, se nutre de peronistas en posición de ruptura con una nueva vinculación política estructural, el Frente Grande, convertido en tercera fuerza electoral del país en 1993. Esta proyección política podría revertir la situación inicial del CTA: su relativa debilidad numérica y su aislamiento ideológi-

co. Algunos dirigentes proyectan aún resolver esta deficiencia generando una opción política propia pues descreen de las existentes; todos ellos son conscientes de que ésta es una labor de largo aliento.

Es curioso que no existan aún corrientes sindicales importantes que adopten una vinculación coyuntural con los partidos.

¿No podría generarse una relación de este tipo si el menemismo perseverase en su desconocimiento de las demandas sindicales? Esta resulta una hipótesis incierta que sólo el devenir histórico comprobará o refutará.

3. Las perspectivas democratizadoras y el sindicalismo

Concluimos estas interpretaciones históricas que se sumergen en la realidad presente con una reflexión teórica sobre el diseño de las relaciones estado-sindicatos en un futuro argentino previsible. Si el capitalismo nacional logra reubicarse más o menos satisfactoriamente en la nueva configuración económica y política mundial, el estado se aproximará al modelo vigente en los países desarrollados. En ese caso les serían aplicables algunas de las reflexiones que desarrolla Offe acerca de las contradicciones y límites de las sociedades capitalistas tardías. Esas contradicciones no conducirían a un colapso del Estado Benefactor o del rol redistributi-

vo del mismo, sino, por el contrario, esta función estatal se habría hecho irreversible, en la medida en que genera medios de vida esenciales para muchos grupos sociales, sin los cuales se haría imposible la reproducción del sistema.

La perspectiva de Offe da cuenta de un hecho evidente: más de una década después de haberse iniciado la reducción del gasto social en los países capitalistas, existen sólidas presunciones de que ello no conduce a la extinción de la acción social y redistributiva de los estados, sino a su gradual transformación. A través de ella se irían remediando ciertos desajustes del viejo Estado Benefactor, tales como su déficit fiscal crónico, su centralización y burocratización excesivas, su pérdida de legitimidad social y su incapacidad para eliminar algunos procesos redistributivos que refuerzan las desigualdades en lugar de amortiguarlas.

Al respecto de esa transformación del Estado Benefactor, es decir del rol social del estado, se formulan diversas hipótesis que se verificarán por la propia dinámica social. Según un primer escenario, se mantendría el Estado Benefactor con un mayor apoyo a formas corporativas, impulsadas por el estado y acordadas por las cúpulas del empresariado y los sindicatos. Ello aliviaría los problemas fiscales y planificatorios del sector público pero podría incrementar el desempleo estructural y la marginalización de grupos sociales expulsados

del proceso productivo. La consecuencia negativa sería una mayor pérdida de legitimidad del estado y de las corporaciones vinculadas al mismo, incluidos los sindicatos. Un segundo escenario consiste en la propuesta de la superación del Estado Benefactor y su transformación en una Sociedad de Bienestar, a través de la desburocratización de sus servicios, su descentralización y acercamiento a los usuarios, la reducción de las demandas al estado gracias a una mayor solidaridad y la regulación intrasocial del gasto social. Estas líneas de acción exigirían una enérgica movilización de la sociedad civil y de sus instituciones, entre las cuales los sindicatos podrían tener un rol relevante.⁸

Según Rosanvallon, el aporte de los sindicatos durante más de un siglo fue lograr el reconocimiento de la problemática social y laboral en sociedades que limitaban la democracia al derecho más o menos restringido a votar para elegir a los gobernantes. Sostiene que esta etapa llegó a su fin, lo cual explica la pérdida de afiliados y de influencia de los sindicatos en países como Francia. De manera propositiva, el citado autor considera que la organización obrera debería contribuir a profundizar la democracia, participando en los múltiples frentes de perfecciona-

⁸ Estas reflexiones se inspiran en Offe, C., *Contradicciones del Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza, 1990, y en Rosanvallon, P., *La question du syndicalisme*, Paris, Ed. Calman-Lévy, 1988.

miento social, juntamente con otros grupos y movimientos; se trataría de crear mecanismos que derriben los muros que dificultan niveles mayores de solidaridad o igualdad, que se controle la distribución del saber y que se comprendan y quizás resuelvan las causas de la violencia y el aburrimiento.

A nivel nacional pueden plantearse algunos de estos problemas si el ajuste en curso reactiva el desarrollo capitalista.

Por otra parte, el bajo índice de aceptación que las encuestas reservan a los sindicalistas puede explicarse en parte por estas tendencias generales de las sociedades contemporáneas; pero en nuestro país esa falta de prestigio gremial se debe también a notorios hechos de corrupción en el manejo de sus recursos y a la poca transparencia en la conducción de las organiza-

ciones de trabajadores y en las de sus obras sociales.

Más aún, otra sería la perspectiva del sindicalismo si la economía nacional continúa estancada y el subdesarrollo se incrementa, hipótesis que no pueden descartarse a priori.

Sin embargo, subrayamos que el sindicalismo ha contribuido a la transición democrática pese a sus divisiones, contradicciones y debilidades; ello se expresa a través de su canalización de los conflictos sociales y de su interacción con los partidos y con el estado, asumiendo las reglas de juego democráticas. Puede preverse que este comportamiento, sostenido durante doce años, no se alterará de manera significativa, pese a las profundas mutaciones que se están produciendo en las relaciones laborales y, en particular, en la vida sindical. ♦

BIBLIOGRAFIA

- El análisis del comportamiento sociopolítico durante la transición y consolidación democráticas ha sido realizado desde diversas ópticas teóricas que plantean interrogantes y esbozan un debate que podría enriquecer las prácticas sindicales y su renovación; resaltamos, de manera no exhaustiva, los aportes recientes y más sugerentes:
- Bunel, J., *Pactos y agresiones. El sindicalismo argentino ante el desafío neoliberal*, Buenos Aires, FCE, 1992.
- CEPNA, "El nuevo sindicalismo, opiniones y actitudes de su dirigencia media", Buenos Aires, 1986.
- Gaudio, R., Domeniconi, H., "Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática", en *Desarrollo Económico*, N° 103, octubre-diciembre de 1973.
- Gaudio, R., Thompson, A., *Sindicalismo peronista-Gobierno radical. Los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Ed. Folios, 1991.
- Godio, Julio, *El movimiento obrero argentino (1955-1990)*, Buenos Aires, Ed. Legasa, 1991.
- , /Slodky, J., "El regreso de la negociación colectiva", Buenos Aires, Ed. Fundación F. Ebert, 1988.
- Moreno, O. (comp.), *Desafíos para el sindicalismo argentino*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert-Legasa, 1993.
- Neffa, J. C., "Nuevo paradigma productivo: flexibilidad y respuestas sindicales en América Latina", Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad/PIETTE-CONICET, Buenos Aires, 1994.
- Palomino, H., "La normalización de la CGT", en *El Bimestre*, núm. 31, Buenos Aires, 1987.
- VV.AA., "Reestructuración productiva y crisis del sistema de relaciones laborales", Buenos Aires, Fundación F. Ebert, 1992.
- VV.AA., *Experiencias sindicales recientes. Argentina-Brasil*, Buenos Aires, Ed. Biblos/ Fundación Simón Rodríguez, 1993.